

Rotas ya las telas, los obstáculos, que impedían esa unión, ahora sólo queda una tela por romper en el “dulce encuentro” (LB 1,29). A las personas que están en este estado “no las arranca el alma sino algún ímpetu y encuentro de amor mucho más subido que los pasados y más poderoso y valeroso, que pudo romper la tela y llevarse la joya del alma” (CB 1,30); no tienen miedo al futuro; caminan alegres, en el Espíritu, hacia la novedad de Dios; despojadas de todas las saciedades, la sed las lleva a la fuente que mana y corre. Todas las certezas nos vienen del mañana eterno de Dios; el Espíritu hace de nosotros un cuenco de deseo y esperanza. La experiencia de la muerte es muy suave y muy dulce, como la del cisne, que canta más suavemente cuando se muere.

La muerte de estas personas está envuelta en gloria y alabanzas. “Vienen a juntarse en uno todas las riquezas del alma, y van allí a entrar los ríos del amor del alma en la mar, los cuales parecen ya mares...oyéndose ya las alabanzas desde los fines de la tierra” (LB 1,30).

“En este estado deja Dios ver al alma su hermosura. Todo lo que vive se le vuelve en amor y alabanzas, sin toque de presunción ni vanidad, no habiendo ya levadura de imperfección que corrompa la masa” (LB 1,31). El peregrino, buscador de Dios en todas las cosas, en todas las cosas lo encuentra. Ya sabe muy bien el peregrino del amor que todo es regalo del Amado, encuentro gozoso del Espíritu. .

“Quien tiene esperanza vive de otra manera” (Benedicto XVI), “quien ve la fortaleza de la otra vida, y la flaqueza de ésta” (LB 1,32) no se desentiende de la vida de los demás, ni deja de servir, ni deja de amar. Solo que, en su interior, “todas las cosas le son nada, y ella es para sus ojos nada. Solo su Dios para ella es el todo” (LB 1,32). Todo su cuidado lo ha dejado “entre las azucenas olvidado”.

Juan de la Cruz, al final del comentario a la primera estrofa de la *Llama*, ora así:

“¡Oh llama del Espíritu Santo, que tan íntima y tiernamente
traspasas la sustancia de mi alma y la cauterizas con tu glorioso ardor!
Pues ya estás tan amigable
que te muestras con gana de dárteme en vida eterna...,
donde lo que tú quieres que pida, pido, y lo que no quieres, no quiero ni aun puedo
ni me pasa por pensamiento querer;
y pues son ya delante de tus ojos más válidas y estimadas mis peticiones,
pues salen de ti y tú me mueves a ellas,
y con sabor y gozo en el Espíritu Santo te lo pido:
rompe la tela delgada de esta vida,...
para que te pueda amar desde luego con la plenitud y hartura
que desea mi alma sin término ni fin” (LB 1,36).



CUANDO DIOS LO ES TODO

“Padre, quiero que también ellos estén conmigo donde yo estoy” (Jn 17,24).
“Toda vida verdadera es encuentro” (Martin Buber)

“También vosotros estáis limpios, aunque no todos” (Jn 13,10). “Si se deshollinan bien los volcanes arden suave y regularmente, sin erupciones” (El Principito).

“¿Cómo explicarte que no tengo amor, cuando tienes rasgado el corazón?” (De la Liturgia de las Horas).

El Espíritu es el aposentador de Dios en la interioridad. “Perdóname el dolor, alguna vez. Es que quiero sacar de ti tu mejor tú” (Pedro Salinas).

1.- La decisión es tuya

Pues ya no eres esquivia

Juan de la Cruz, desde la experiencia amorosa que está viviendo en la llama del Espíritu, recuerda un momento del camino, que puede venirnos muy bien a nosotros.

¿Qué pasa cuando la persona mira de frente su situación de pecado y deja de buscar explicaciones sin fin a su triste situación, eternizándose en discursos justificadores? ¿Qué pasa cuando ya no busca culpables de lo que le pasa y deja de dar vueltas a la noria buscando solo sobrevivir? ¿Qué pasa cuando se atreve a afrontar los miedos que paralizan todo cambio? ¿Estará ya todo hecho? No; explicar las causas no es resolver los problemas; razonar no es reaccionar.

Para ponernos en situación de cambio, para andar en verdad, necesitamos la energía y el soplo del Espíritu, necesitamos la acción de la *Llama* en nuestro corazón. El Espíritu actúa para que nazcamos de nuevo y podamos ir a tierras no

sabidas por caminos no sabidos, se hace presente para que aprendamos a amar. Esto es doloroso, porque no estamos preparados para el encuentro, no estamos limpios, no sabemos lo que es amar. *“He venido a arrojar un fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya hubiera prendido!”* (Lc 12,49).

La llama del Espíritu alumbra el propio conocimiento de la persona y ésta experimenta la tiniebla en su entendimiento, la sequedad en su corazón, la claridad de su miseria en su memoria (cf LB 1,20), por eso esta Llama aquí *“no es suave sino penosa, no es deleitable sino seca”* (LB 1,19). *“Está Dios medicinando y curando al alma en sus muchas enfermedades para darle salud”* (LB 1,21).

“La luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la vencieron” (Jn 1,5). La ternura entrañable del Padre ha podido con nuestra sequedad y dureza. La amplitud del corazón amoroso de Jesús ha dilatado nuestro estrecho corazón y lo ha preparado para amar. La dulzura del Espíritu ha puesto músicas en nuestro espíritu entristecido. Y ahora la persona puede orar así: *“Ya no me eres oscura como antes, pues eres la divina luz de mi entendimiento, que te puedo ya mirar; y no solamente no haces desfallecer mi flaqueza, mas antes eres la fortaleza de mi voluntad con que te puedo amar y gozar, estando toda convertida en amor divino; y ya no eres pesadumbre y aprieto para la sustancia de mi alma, mas antes eres la gloria y deleites y anchura de ella”* (LB 1,26).

2.- La fuerza del deseo

¡Acaba ya si quieres!

Esta es una petición rara, desconocida, para nosotros. La persona, encendida en la llama del Espíritu, no se duerme en la pereza de dejar para mañana lo que puede empezar ya en la noche; quiere entrar en el reino. No se adormece en la pereza, como las vírgenes sensatas, y trata de mantener encendida la llama a la espera del encuentro con el Amado (cf Mt 25,7). El deseo del encuentro con Jesús, que tiene tan al alcance de la mano, le da alas; ya no soporta más la ausencia del amor. El deseo apasionado, que es la antesala del encuentro, anticipa los bienes futuros en medio de la vida cotidiana.

Esta petición no la dice con pena, sino con gozo. Esto es lo que pide: que se consume el encuentro con Dios, a quien tanto ama en su corazón. *“Mira que la dolencia de amor, que no se cura, sino con la presencia y la figura”* (C 11). Solo así se colmará el gemido hondo que le han dejado en los adentros las visitas del Amado, y la humanidad, tras tanto dolor de parto (cf Rom 8,22), tras tanto llanto, podrá contemplar lo que son los hijos e hijas de Dios.

El amor pone a la persona en éxodo, la hace salir de sí, y de todo, para ir al encuentro de su Amado y gozar de su presencia y de su amor.

Si quieres... ¡Qué hermosas palabras salen de los labios de la persona enamorada! Ya no es el yo lo que importa sino el tú. *Lo que tú quieras, cuando tú quieras, como tú quieras...* Estamos en el corazón del padrenuestro: *“Venga tu reino... Hágase tu voluntad”*. Así se asoma el amor en la persona, así se asoma la gloria, así la provoca el Espíritu para el encuentro amoroso y una vida entregada.

A la llama de amor de las Palabras del Amado responde la llama de amor de la persona. Las voces se intercambian, el amor une. *“Mirad lo que me está diciendo mi Esposo: levántate y date prisa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven; pues que ya ha pasado el invierno, y la lluvia se fue y alejo, y las flores han parecido en vuestra tierra, y ha llegado el tiempo del podar. La voz de la tortolilla se ha oído en nuestra tierra, la higuera ha producido sus frutos, las floridas viñas han dado su olor. Levántate, amiga mía, graciosa mía, y ven, paloma mía en los horados de la piedra, en la caverna de la cerca; muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce y tu rostro hermoso”* (Cant 2,10-14).

3.- Peregrinos de Dios en la vida de cada día

Rompe la tela de este dulce encuentro

Si *“lo que embellece el desierto es que en algún lugar esconde un pozo”* (Principito), a estas personas las embellece la pasión de amor. Externamente, sus vidas son como las de los demás, pero un fuego de amor les quema dentro.

“Gran negocio”, así llama Juan de la Cruz a la unión con Dios. *“Es fácil cosa llegar a Dios, quitados los impedimentos y rompidas las telas que dividen la junta entre el alma y Dios”* (LB 1,29). Es lo que realmente importa en la vida. *“Esto quiere el alma enamorada, que no sufre dilaciones de que se espere a que naturalmente se acabe la vida ni a que en tal o tal tiempo se corte; porque la fuerza del amor y la disposición que en sí ve, la hacen querer y pedir se rompa luego la vida con algún encuentro o ímpetu sobrenatural de amor”* (LB 1,34).

Oímos aquí un lenguaje desconocido: el deseo de que se rompa la tela de esta vida para ver a Dios; la muerte no es una tragedia, es lo que posibilita el encuentro gozoso. Así cantan las personas alcanzadas por el amor. *“Si me amarais, os alegraríais, porque voy al Padre”* (Jn 14,28). *“¡Qué hermoso es que el sol de mi vida se ponga para el mundo y vuelva a salir para Dios!”* (San Ignacio de Antioquia). *“Vivo ya fuera de mí, después que muero de amor, porque vivo en el Señor, que me quiso para sí. Cuando el corazón le di puse en él este letrero: que muero porque no muero”* (Santa Teresa).